

Mauricio Rayo A.

**CUENTOS Y CUENTECITOS  
BANDIDOS**

Colección: Narrativa

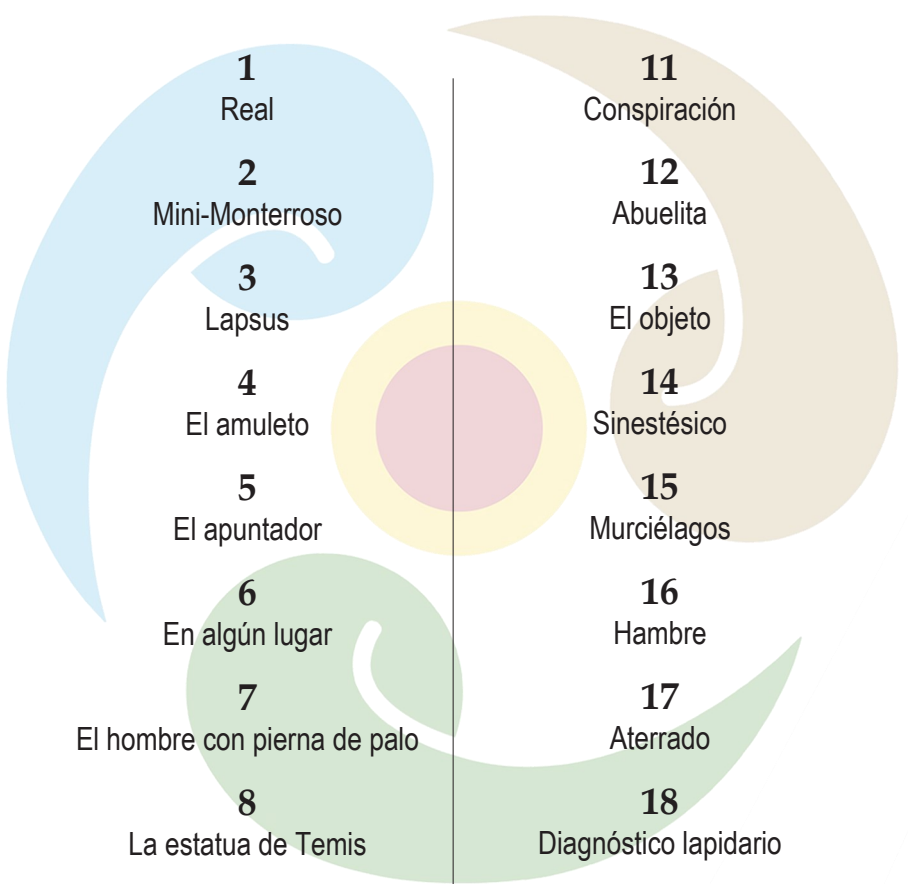


ACCIÓN CREADORA INTERCULTURAL

# CUENTOS Y CUENTECITOS BANDIDOS

Mauricio Rayo A.

## Contenido:

- 
- |  |                                    |
|--|------------------------------------|
| <b>1</b><br>Real                         | <b>11</b><br>Conspiración          |
| <b>2</b><br>Mini-Monterroso              | <b>12</b><br>Abuelita              |
| <b>3</b><br>Lapsus                       | <b>13</b><br>El objeto             |
| <b>4</b><br>El amuleto                   | <b>14</b><br>Sinestésico           |
| <b>5</b><br>El apuntador                 | <b>15</b><br>Murciélagos           |
| <b>6</b><br>En algún lugar               | <b>16</b><br>Hambre                |
| <b>7</b><br>El hombre con pierna de palo | <b>17</b><br>Aterrado              |
| <b>8</b><br>La estatua de Temis          | <b>18</b><br>Diagnóstico lapidario |
| <b>9</b><br>Dos piernas                  | <b>19</b><br>Profesión oficio      |
| <b>10</b><br>Voces onomatopeyas          |                                    |

## Real

El coronavirus apareció y...apagó la luz, ¿la luz?

## Mini - Monterroso

Cuando despertó...el virus ya no estaba...

En una esquina un niño jugaba con el diminuto dinosaurio.

## Lapsus

Vivió por mucho tiempo en el cerebro de aquella persona, hasta que un día se ahogó en una laguna mental.

(De *Breves historias de Anatomía humana* -2009-).

## El amuleto

Siempre llevaba colgada al cuello una espina grande cornizuelo. Era su amuleto de la suerte, decía...

Un día, mientras corría por un camino fangoso, tropezó sin querer, cayendo sobre la espina que en esos momentos le atravesó el corazón.

(De *Breves historias de Anatomía humana* -2009-).

## El apuntador

Cuando amenazaba, apuntaba a las personas con el dedo índice de su mano derecha. Por muchos años estuvo haciendo lo mismo; amedrentando o llevando a cabo su amenaza, hasta que su dedo apuntador se fue secando y lo perdió por completo. Ahora apunta con los labios; han pasado pocos meses desde entonces, pero ya se le han caído varios dientes.

(De *Breves historias de Anatomía humana* -2009-).

## En algún lugar

El hombre salió de prisa de la casa al patio, pero de pronto, adelgazaba... y más adelgazaba. Cuando más corría, más se secaba. Al llegar al río era casi un hilo, entonces, sintió miedo y decidió regresar al instante, dio la media vuelta, y despacio engrosaba, poco a poco caminaba y se ensanchaba. Sin ganas de volver, casi arrastrando sus pasos llegó de regreso al patio, ahí, era más ancho todavía pero antes de llegar a la puerta de su casa, explotó.

(De *Breves historias de Anatomía humana* -2009-).

## El hombre con pierna de palo

Una de sus piernas era de madera, de laurel, para ser más exacto. Nadie supo eso, hasta que el hombre perdió su vida mar adentro. Al cabo de muchas horas en espera del cadáver, apareció su pierna sobre la costa. Todos nos dimos cuenta que era de él porque tenía grabados todos los nombres de sus amigos, amigas y parientes, además, estaban labradas en alto relieve casi todas las casas del barrio Guadalupe, donde él vivía. Total, no había dónde perderse.

(De *Breves historias de Anatomía humana* -2009-).

## La estatua de Temis

Una inmensa escultura de la diosa Temis permanecía en el centro de la plaza de un pequeño pueblo. Sus habitantes se jactaban de tener los mejores jueces que impartían justicia de manera incorruptible, hasta que los más observadores, comenzaron a darse cuenta que la balanza de la estatua se inclinaba cada día más hacia uno de sus lados. Al examinarla con detalle, encontraron en uno de los platos de la balanza algunas monedas de oro y plata, acuñadas en bajo relieve, imágenes impresas del dictador en turno.

### Dos piernas

Una de las piernas, era una pierna rara. Le gustaba caminar sola, es decir, obligaba a su pareja, esconderse entre las faldas de su ama mientras ella daba saltitos. La dueña del cuerpo se fue acostumbrando a esa condición, hasta que una noche al despertarse para ir al baño, encontró a sus dos piernas entrelazadas, dormidas, abrazándose con ternura. Al comienzo le pareció misterioso, incluso, le reclamó a la pierna andadora el porqué de su conducta. Por supuesto, ésta no le contestó nada. Algunos meses después, la dama sintió algo extraño adosado a la pierna encogida y descubrió con asombro... una pequeña piernita que crecía desde el centro de una sus rodillas.

## Voces onomatopeyas

La profesora del componente curricular «lengua y literatura» preguntó a su alumno:

– Jacinto, ¿Qué es una voz onomatopeya?

El muchacho se quedó pensativo durante un minuto y dijo:

– Profe, ¡usted no me va a creer! Tenía el concepto en la punta de la lengua, pero mi corazón comenzó a decirme ¡tucutú, tucutú, tucutú!, luego mis oídos hicieron ¡ssshhhh, piiiiiii!, después mi cerebro se nubló e hizo ¡clic! y ¡zas!, en el último segundo, se me olvidó todo.

## Conspiración

Los jerarcas de la tierra se juntaron un día para declinar su reinado compartido. Decidieron entonces declarar vacante sus puestos, mientras, daban indicaciones a su pírrico y futuro monarca que se haría cargo de gobernar al mundo temporalmente, con la condición que éste exterminaría al 70% de la población del planeta, sobre todo a los ancianos, también a todos los pobres de los países empobrecidos. Luego, después de esta tarea, el virus, así se llamaba el nuevo rey, devolvería el trono a sus creadores.

Sin embargo, el virus una vez coronado, arrasó con todo ser humano y gobernó por siempre junto a todos los animales y plantas que cada día se reproducían sobre la faz de la tierra, sin ningún peligro de extinción. Los ríos comenzaron a descontaminarse, la capa de ozono recuperó su capacidad de protección de antaño. Por muchos siglos sus habitantes, por fin, respiraban aire puro.

Surgió una nueva raza... un «nuevo orden mundial».



## Abuelita

Abuelita, te vengo a visitar. Hace poco me enteré que estabas muy enferma. Estuve algún tiempo pensando cómo hacer para verte, han pasado cosas entre nosotros que no quisiera recordarlas, sin embargo, me hicieron regresar los gratos momentos que viví a tu lado, y aquí estoy.

Por ahora duerme abuelita, envuelta en esa sábana floreada que tanto te gusta. Vuela entre nubes y sueños como siempre quisiste. Recoge estrellas de colores, traeme desde arriba la «Loba menor», la constelación que ha sido tu guía cuando te has perdido en el bosque.

¿Recuerdas que me enseñaste cómo cocinar caperuzas verdes con guisantes tiernos? ¡Abuela, abuelita, contestame, hablame viejita de mis encantos!

Te quitaré la cobija abue, quiero ver tus orejas, tus ojos, tu nariz, tu boca, tus dientes y tu alma sublime. ¡Abue, abuelita!

¿Cómo?, ¡pero si estas hecha un esqueleto, ni un músculo te queda! Bueno, lo lamento abuelita linda, tengo hambre. Cocinaré una rica sopita de huesos, tal y como vos misma me enseñaste.

## El objeto

Lo apretó entre sus manos mientras el aparato brillaba, produciendo un tibio contacto que erizó al joven griego. Era herencia de su abuelo, quien días atrás se alejó de este mundo mortal y hostil.

El aparato había sido guardado por cuatro generaciones alternas, es decir, de abuelo a nieto único. Ahora se acercaba el momento de dilucidar su procedencia. El bisabuelo del bisabuelo del abuelo del joven lo había encontrado durante una excavación, mientras se construía el actual templo dedicado a Artemisa. Ahora, él llegaba por primera vez a consultar a las Parcas para conocer su destino; así lo había hecho por siglos los jóvenes que alcanzaban la mayoría de edad.

El joven niño abrió su mano derecha, tembloroso mostró el aparato. La primera reacción de las Parcas fue de asombro, las tres al unísono exclamaron: ¡Ooohh, no puede ser! Con los ojos aún desorbitados, una de ellas tomó suavemente el enigmático aparato de colores vistosos. Inmediatamente, en la pequeña pantalla apareció la imagen de una chica y, debajo de esta unas frases en español: *Fernando, ¿Dónde estás? Te estoy esperando, la película ya va a empezar...*, luego se escuchó una voz femenina: *Usted tiene un mensaje de voz. Por favor...* De pronto el objeto se apagó.

## Sinestésico

Sintió ese olor característico a tierra mojada, sabía que era invierno, aunque no escuchara la lluvia al caer sobre el tejado de su casa. Tampoco podía ver ni sentir, por tal razón, estaba seguro que al salir al patio no sentiría que se mojaba. Pero, daba gracias a la vida por poder disfrutar todos y cada uno de los olores conocidos e inventados por él mismo. Muchos más que cualquier otra persona, aún con todos sus sentidos. Solo tres o cuatro podía asociarlos a situaciones específicas, ejemplo, el olor a su mamá, a la leche materna, a su propia orina o pupú y, por supuesto, al inigualable olor a tierra mojada. Sentía una paz interior infinita cuando llovía.

Cuando apenas tenía unos meses de nacido, su madre se dio cuenta que él había perdido varios de sus sentidos, o más bien, tres de ellos... solo le quedaban el olfato y el gusto. Sin embargo, a sus veinte años era capaz de saborear y oler todo lo que las demás personas miraban, escuchaban o sentían de manera táctil. Aprendió con perfección exquisita a besar con su voz, a atraer con su olor a las mujeres de su agrado, a ver con su lengua que, con especial destreza, recorría el cuerpo de su amada.

Un día, mientras se bañaba, dejó una nota sobre la cama, para que su mujer la encontrara. A ella le llamó la atención ver un sobre sobre la almohada, sacó la carta y comenzó a leer en voz baja... «hoy quiero degustar tus besos con el iris de mis ojos / tocar tu belleza con el olor de tu cuerpo / acariciaré tu cintura con los sonidos placenteros que me provocan imaginar tus gestos / escucharé tu voz susurrando para mostrarme el gran banquete que se abre / ante la mesa servida de infinitos deseos / Mis oídos tocarán canciones, las observaré con mis manos entreabiertas que recorrerán palmo a palmo cada verso /

Al fin, tu olorosa voz tocará derramada sobre mi trémula lengua en forma de guitarra / para tocar tu corazón con sus dedos hechos melodías.»

La mujer colocó el papel sobre la mesa de noche, se desnudó y se arrellanó sobre las sábanas... en espera de su amado.

## Murciélagos

Vino así, de repente... Algo en ella me llamó la atención, tal vez porque el día en que la conocí, cocinó solo para mí. Fue algo exquisito. Recuerdo que había dejado marinando un par de langostas, que después la preparó a la termidor, con papas, salsa blanca y ensalada con vegetales frescos, al final, una copa de vino tinto para sellar esa noche especial.

Después otras cosas afloraron, su hermoso y voluminoso cuerpo de dos metros de altura y cuatrocientas libras de peso. Algunas veces me deleitaba al verle caminar, se movía al compás de una música interior, que hacía saltar mi corazón cuando movía su exuberante trasero. Luego su sonrisa, que a pesar de faltarle el diente lateral anterosuperior derecho, expresaba empatía y dulzura; su suave voz se hacía escuchar por horas sin cansarme o aburrirme.

Siempre contándome sus anécdotas o chistes acerca de ella misma, de cómo se burlaban de su cuerpo. Reíamos juntos, a veces lloraba, pero luego se reía de nuevo y decía: *los perdono, no saben lo que se pierden al carecer de mi amistad y cariño.*

Yo soy su único amigo...y ahora su novio. Me llegó al corazón, sobre todo por los cuidados para cuando fui operado de apendicitis, me trato con delicadeza y ternura todo el tiempo de mi convalecencia. Me llevaba a la cama consumé de carne con hierbabuena y cilantro, frutas dulces o café caliente acompañado de rosquillas tostadas.

Cuando hacemos el amor, es sensacional. A veces me excita aún más, cuando canta en éxtasis. Cada día ha sido mejor, siempre dispuesta, siempre comprensiva. Su olor hormonal me vuelve loco.

– Amigo, ¿quiere decir que estás muy enamorado?

– ¡Claro!

– Y... ¿Cómo lo sabes?

– Sencillo, amigo Juan. Es algo especial, tal vez diferente de lo que todo hombre siente por su amada, es decir... Siento murcielaguitos en el estómago.

## Hambre

Ayer me comí una lagartija. Varios días de no probar un bocado de comida me obligó a hacer eso. Anteriormente ya había ingerido una que otra mosca, porque siempre deambulaban sobre mi cabeza.

El alimento de ese día, o sea la lagartija, lo encontré adosada al poste de tendido eléctrico cerca de la acera de

una casa. Me miraba y movía la cabeza de medio lado, con sus ojos saltones que daban vuelta casi 180 grados, y así, de un zarpazo, me la tragué sin siquiera formar el bolo alimenticio para disolver sus proteínas dentro de mi boca, nada, pasó de un solo hasta mi aplastado estómago. Me sentí feliz, alegrísimo de haber llevado algo a mis intestinos.

Pasaron casi doce horas sin sentir hambre. Pero, otra vez la sensación de ardor, sudor y frío en las entrañas, volvió. También regresaron las ganas de devorar todo lo que pudiera encontrar a mi paso, busqué entre la hierba y nada, no encontré siquiera un pequeño salta-monte. Busqué en el aire... y nada, ni un solitario y flaco zancudo, ni un pedazo de goma de mascar usado, pegado en las paredes de adobe y talquezal, nada.

Desesperado me tiré al suelo, a media calle. Una fuerza interior desconocida me provocó retortijones extremos. Traté de calmarme, pero me alarmé cuando observé que de mis fosas nasales salió sangre. Casi de forma inmediata, mi estómago se abrió y apareció una gran cabeza de lagartija plateada, igual a la que yo me había tragado. Parecía un dinosaurio Rex. Toda ella había crecido en mis vísceras. El monstruo gigantesco paralizó mis piernas y pude ver cómo devoraba mis órganos internos; mi hígado, mi corazón, mis riñones, todo era una visión macabra. Un enorme hueco, donde solo se miraba parte de la columna separada de las extremidades inferiores. Algo raro, ya no sentía dolor, tal vez la saliva de la bestia contenía anestesia. Ella avanzó comiéndose el pantalón, calzoncillo, calcetines y zapatos.

Me desmayé. No sé cuánto tiempo pasó. Cuando desperté estaba sobre una pulida y brillante mesa metálica; miré reflejada mi cara en otra mesa cercana, mi cabeza estaba desprendida del resto del cuerpo. En ese momento pude

observar una mano en la mesa vecina, era mi mano, la reconocí porque todavía tenía un reloj que usaba siempre puesto, la única herencia de mi padre fallecido cuatro años atrás. También supe que era mi mano izquierda y, aunque yo soy derecho, por telepatía le mandé a mi mano escribir este relato.

## Aterrado

Siento frío, no puedo moverme, pero escucho voces lejanas... hablan de mí. Ahora siento ese olor a tierra mojada que recuerda mi niñez, cuando mi abuelo me llevaba a caballo, adelante en la montura, protegiéndome con sus brazos para que no cayera de la bestia. Él estaba muy enfermo, yo tenía apenas 18 meses de edad. En ese tiempo nos mudábamos del campo a la ciudad.

La finca quedó lejana, pero quedó en mi mente junto al aire del monte, a las palmeras de coyol y los arboles de guapinol; a los cerros puntiagudos cargados de historias y mitos, guardados en cada parte que los conforman.

Quedaron las piedras hechas flechas para la caza, para las guerras entre personas... siempre ha sido así... pleitos y discusiones por la tierra, por el poder, por el dinero, hasta por una hembra, por la comida, por el agua, en fin, por cualquier cosa que conlleve a sacar el monstruo que llevamos dentro.

Ahora siento calor, las voces se acercan, dicen que ya estoy muerto... ¿Muerto?... ¿Qué pasa?... van a enterrarme,

preparan mi mortaja, ¡mi sepelio! No quiero abrir los ojos, siento el olor a flores que presagian desgracias y a pintura... ese olor a pintura que me recuerda a los muertos, a las tumbas recién pintadas y visitadas junto a mi abuela cada dos de noviembre.

Siento frío otra vez, escucho el canto de un río que corre plácidamente, su melodía cadenciosa me hace recordar mi adolescencia, cuando me escapaba con mis amigos de secundaria después de clases para ir a nadar a la poza El calzón, tenía la forma de un calzón femenino, de ahí el nombre. Luego de bañarnos, comprábamos chicha bruja donde «La abuela», una anciana alegre, delgada y ágil que nos recibía una vez por semana en su rancho cerca del río.

Siento hormigueo en el cuerpo, no logro sentir mis brazos, ni mis piernas; tan solo voces y olores. Sigo sin abrir mis ojos, pero... algo extraño... puedo ver hacia dentro... logro observar mis vísceras, mis venas con sangre corriendo dentro como un riachuelo saltarín, incluso, veo hasta mi corazón aun palpitando de forma violenta, se infla y se contrae, como si respirara haciendo ruidos que parecen tropeles de caballos desbocados, porque tienen ritmo esos sonidos, me recuerdan bailes y jolgorios, gritos de triunfos y desengaños, de alegrías y desgracias.

Escucho llantos de mujeres, tierra que cae sobre una caja... los sonidos se hacen más leves. Ya desaparecieron... Pasa el tiempo... solo queda el ruido de mis entrañas, el ruido hecho música de mis recuerdos... que se acaban... que se acaba...



## Diagnóstico lapidario

El viejo estaba sentado sobre las raíces de un enorme árbol de Tigüilote; sostenía su cabeza y mandíbula con ambas manos. Podía observarse su cabello canoso que aparecía brillante, asomándose entre las alas de su sombrero dominguero. Daba la impresión, para su postura, padecer de un sentimiento y dolor profundo. A unas cincuenta varas del lugar de donde se encontraba el viejo, la gente de la comarca esperaba turno, sentados, alineados a lo largo del corredor de la casa de doña Genara. El lugar servía como improvisado centro de salud en plena montaña segoviana. Algunos niños y niñas jugaban alrededor de la casa, excepto uno de ellos que observaba nada más, mientras tocaba su brazo enyesado, abrumado por no poder jugar con los demás y, e podía observa su encolochado esperaba ansioso que el doctor de turno se lo quitara muy pronto.

El joven que atendía esa mañana era un médico recién egresado de la UNAN-León, y que ahora cumplía su servicio militar como sanitario del ejército. El atender a la población rural, era parte de un plan estratégico, utilizado también como labor de base social a la comunidad, mientras se combatía a la contrarrevolución. Algunos hombres del sitio en cuestión estaban integrados a los «alzados en armas», otros eran parte de las «Milicias Populares Sandinistas». Eran los años 80, difíciles y desbastadores; familias enteras desintegradas, de constantes zozobra, a veces, sin la esperanza de estar vivo el día de mañana.

Unas manos se posaron sobre la espalda del viejo del árbol, éste volvió la cabeza para reconocer a quién lo tocaba y con voz grave balbuceó: ¿Cómo me le va doctor?, lo estaba esperando.

– Ahí don Cleto. ¿Qué me le pasó, lo veo tristón?

– En que usted no sabe... fíjese que me vaa morir, voy a estirar los caites.

– ¡Cómo es eso que se va a morir don Cleto! No joda.

– No, no, síe cierto. Ya el doctor peloncito que está allá donde doña Genara me lo dijo, hasta me lo escribió, ¡mire! –diciendo esto, el viejo Cleto sacó tembloroso un papel doblado de la bolsa de su camisa

– Leya lo que dice, ya la Chilo me lo leyó, usted sabe que yo no sé ler.

El doctor pronunció en voz alta el diagnóstico lapidario emitido por su colega: *El señor Cleto Molina López presenta Otitis media y Dermatitis por fricción, por tanto, se prescribe tomar....* Bla, bla, bla... El doctor dejó de leer, sonrió un poco y preguntó:

– ¿Por esto es que usted piensa que se va a morir don Cleto?

– Y que más quiere, usted porque no tiene esas enfermedades. Tengo calentura y dolor de cabeza desde hace varios días, el oído se me reventó y hasta tengo dos *secas*, una en el gancho y lotra en el pescuezo.

Pues fíjese don Cleto que usted no se va a morir, tendremos Cleto Eduviges Molina López para rato.

– Como que no me vaa morir.

– Pues sí, don Cleto, usted lo que tiene es una infección en el oído, en el lenguaje médico es la «Otitis media» y

además, está «saforñado» por el calzoncillo, lo que llamamos «Dermatitis por fricción». Con estos «combioticos» y la pomada que le recetaron, usted se va a curar. No se preocupe. Eso sí, tiene que lavarse y secarse bien sus partes para untarse la pomadita y listo.

—De verdad doctor no vua morir pué. No me mienta oye, usté sabe que no soy de bromas.

—No amigo, se lo prometo. Lo que pasa es que el doctor Bayardo no le explicó de manera correcta lo que usted tiene; a veces, algunos colegas, por dárselas o creer que saben, diagnostican y explican a sus pacientes de manera técnica y no de forma sencilla. No se complique la vida, y recuerde que hoy me prometió una taza con café caliente y rosquillitas que horneó doña Chilo.

—¡Claro doctor! ¿Pero no vua morir?

—Ja ja ja... Por ahora no, don Cleto. Vamos, que tiene una historia pendiente que contarme. ¡Camine!

## Profesión oficio

Mire señora, mientras le reparo el aparatito déjeme contarle algo. Cuando inicié en este asunto de mi profesión, no fue por causalidad, la casualidad no existe, todo es causalidad, hago las cosas por una causa, una justificación que no necesariamente es la misma para las demás personas; pero imagínese usted lo que es la vida, la primera vez, o cuando comencé, recuerdo que era un día

domingo, no sé a qué horas porque no tenía reloj, no me interesaba tenerlo; me levantaba temprano y temprano me acostaba, para dormir tranquilamente. Mi vida corría plácida como la de un río de ancho y suave caudal. Sin embargo, ese día me levanté contento, tarareaba una canción, recuerdo, una canción que sonaba en la radio, *Ese tipo soy yo*; hasta imaginaba mientras cantaba, que era yo el personaje de la melodía; un tipo amable, amoroso, todo un caballero. Desayuné un par de huevos fritos de doble yema, cuajadita norteña, aguacate y dos tortillas tostadas acabaditas de salir del comal; como postre, tomé una taza de café cargadito y sin azúcar con unas rosquillas, hojaldras, para ser más exacto. Sentí el agradable aroma hasta mis pulmones, el dulce de las rosquillitas se juntaban con el dulce café orgánico dentro de mi boca provocando casi un éxtasis; luego me levanté y, así, de repente, me pregunté ¿Qué hora es? Tenía que saber la hora, desesperé y salí a la calle para preguntarle a alguien y.... Nada... ni un alma apareció por largos minutos.

Traté de calmarme, entré a la casa para volver luego con una silla mecedora y esperar calmado, el hecho de sentarme y mecerme me calmó un poco y esperé, y esperé. Algo raro... ni va alma pasaba por una calle bastante concurrida durante un domingo cualquiera, nadie. Sentí que me dormí unos instantes hasta que una voz me sobresaltó. Pude observar a un hombre de unos cuarenta años de edad preguntando «algo» en la pulpería cercana, luego recibió cigarrillos mientras platicaba con doña Narcisa, la dueña de la venta. Pero podría ser un hombre común y corriente hasta que mis ojos volaron lateralmente hasta su muñeca izquierda, ¡tenía un reloj! Mi corazón comenzó casi a salirse por la bolsa de mi camisa; ahora sí, ¡podría saber la hora!, por fin. Comencé a mecerme con alegres gestos en mi silla, mientras esperaba.

Me levanté un rato, me fumé un cigarrillo para calmarme; me calmé y seguí esperando, no sé cuánto tiempo, pero esperé calmado, hasta yo mismo extrañé esa profunda paciencia, casi como la paciencia de un santo.

El hombre seguía platicando, fumó un cigarro, más otro y, otro y otro. Terminó la cajetilla, luego, compró otra. Mi angustia apareció entonces, pero por suerte, se esfumó también rápidamente al percatarme que el hombre se despidió de doña Narcisa después de encender otro cigarro, de los nuevos que había comprado.

Observé como los pequeños aros de humo se elevaban sobre la cabeza del hombre que avanzaba y se hacían enormes al alcanzar el techo de las casas, para luego desvanecerse en el azul verdoso del cielo. Volví a sentir esa alegría inmensa con la certeza de saber al fin la hora exacta.

El hombre se acercaba cada vez más, alegre también, sonriente; entonces, con toda la cordialidad del mundo le pregunte:

— Amigo... ¿Qué hora marca su bonito reloj?

— Aj. Disculpe compañero... éste reloj... je-je... no sirve; hace algún tiempo que está descompuesto, lo ando puesto por lujo nada más.

¡Nada más!, nada más se le ocurrió decirme; fue entonces señora, que saqué mi 357 cañón largo y le disparé 6 veces consecutivas. Una paz interior invadió mis sentidos... respiré profundo, cerré la puerta de mi casa y me fui de la casa.

Verdad señora, respóndame con honestidad, verdad que tuve razón.

Ese día comenzó mi verdadera profesión el ser relojero, es un hobby para mantenerme ocupado y saber siempre la hora.

¡Señora, señora!, espere, no he terminado de reparar su reloj, venga, ¡venga, no se vaya!

Bueno, se fue... pero ya volverá, ya volverá... ahora tengo que alistarme, por la tarde tengo otro trabajito.

